

Libro Sanación

Sanación - El Arte de Sanar

CAPÍTULO ONCE

El Misterio del Amor

El Misterio del Amor

Empezamos hablando del amor. Y aquí terminamos, hablando del amor. No porque hayamos agotado el tema—eso sería imposible—sino porque después de todo lo que hemos recorrido juntos, el amor sigue siendo lo que siempre fue: un misterio demasiado grande para caber en cualquier libro. Incluyendo este.

El Infinito quiso conocerse a sí mismo. Ese fue el primer movimiento, el impulso original del que todo fluye. Y lo que el Infinito descubrió, lo que sigue descubriendo a través de cada estrella y cada criatura y cada momento de tu existencia, es amor. No el amor como sentimiento o emoción, aunque lo incluye. El amor como la tela misma de la realidad. El amor como la fuerza que crea y sostiene y atrae todas las cosas de vuelta hacia la unidad. El amor como lo que eres, debajo de cada rol que interpretas y cada máscara que usas.

Te he contado muchas cosas en estas páginas. Sobre los centros de energía y cómo equilibrarlos. Sobre el mecanismo por el cual la sanación fluye a través de un canal humano. Sobre la importancia del perdón, del servicio, de la oración y la intención. Sobre la ayuda disponible desde dimensiones que no vemos. Sobre la práctica diaria de presentarse, de ofrecer lo que tenemos, de cuidarnos para poder cuidar a otros. Todo eso es verdad, al menos hasta donde he podido entender. Todo eso puede ser útil.

Pero al final, todo lo que te he ofrecido son dedos apuntando hacia algo que no se puede señalar directamente.

La luna no cabe en el dedo que la apunta.

Si llegaste hasta aquí esperando entender completamente la sanación, dominar las técnicas, tener certeza sobre cómo funciona todo esto—tengo que decepcionarte. O más bien, liberarte de pensar que ese dominio era el punto. El punto nunca fue entender el amor. El punto es amar. El punto nunca fue perfeccionar el canal. El punto es ofrecerte, imperfecto como eres, como un vaso dispuesto para algo que siempre excederá tu comprensión.

Hay una clase de paz que viene de soltar la necesidad de entenderlo todo. La mente quiere respuestas. Quiere mapas y mecanismos, causas y efectos, instrucciones claras que garanticen resultados. Y hay un lugar para el trabajo de la mente—he honrado ese lugar a lo largo de estos capítulos. Pero debajo de la actividad mental, debajo de todo el intentar descifrar y hacer las cosas bien, hay una quietud que ya sabe. No sabe como sabe la mente, con conceptos y categorías. Sabe como sabe el corazón, con reconocimiento inmediato que no necesita pruebas.

Tú has sentido ese saber. En momentos de belleza inesperada. En presencia de amor genuino. En el silencio después de que el ruido se detiene. En el instante en que, ayudando a otro, te olvidaste completamente de ti mismo y algo más se movió a través de ti. Esos momentos no son excepciones a tu vida normal. Son atisbos de lo que tu vida realmente es, debajo de la turbulencia de la superficie. Son el misterio mostrándose, brevemente, antes de que el velo caiga de nuevo.

El velo caerá de nuevo. Esto no es fracaso. Es la naturaleza de ser humano en esta densidad de experiencia. Olvidarás lo que has vislumbrado. Te atraparán el miedo y la pequeñez y las preocupaciones interminables de la existencia diaria. Te preguntarás si algo de esto es real, si el amor es verdaderamente el fundamento de las cosas, si tu servicio importa en un mundo tan lleno de sufrimiento. Estas dudas son parte del camino. No son señales de que te has perdido. Son el territorio por el que pasa el camino.

Y entonces recordarás de nuevo. Algo atravesará—un momento de gracia, una bondad inesperada, un destello de reconocimiento en los ojos de otro. El misterio te tocará, y sabrás una vez más lo que sigues olvidando: que estás sostenido, que eres amado, que nunca has estado separado de la fuente sin importar cuán separado te hayas sentido. Este ritmo de olvidar y recordar no es un problema a resolver. Es la danza misma.

Lo que te he ofrecido en estas páginas no es un sistema a dominar sino un permiso para confiar. Confía en lo que ya intuyes en tus momentos más profundos. Confía en el amor que te mueve a servir. Confía en la sanación que quiere fluir a través de ti incluso cuando dudas de tu capacidad para canalizarla. Confía en que tus pequeñas ofrendas importan, que tus esfuerzos imperfectos cuentan, que el universo recibe tu sinceridad incluso cuando tu ejecución se queda corta.

La sanación que ofreces a otros es real. Y también no es tuya. Viene de algún lugar más allá de ti, pasa a través de ti, y alcanza a quien alcanza de maneras que quizás nunca veas. Tu trabajo

no es controlar este proceso sino participar en él. Tu trabajo es mantenerte abierto, seguir limpiando tu canal, seguir presentándote—y luego soltar. Dejar que el misterio haga lo que el misterio hace, sin necesitar tomar crédito ni asignar culpa por los resultados.

Jesús no explicó el amor. Lo demostró. Lo vivió tan completamente que dos mil años después seguimos intentando entender lo que nos mostró. Y quizás el punto no es entender sino seguir—no en doctrina sino en práctica, no en creencia sino en acción. Amar como él amó. Servir como él sirvió. Perdonar como él perdonó. Confiar en el Padre en quien él confió, como sea que nombremos esa fuente infinita.

Las técnicas son útiles. La comprensión ayuda. Pero al final, el amor no es una técnica. No es algo que haces. Es algo que eres—algo que siempre has sido, algo que siempre serás. El camino de la sanación, del servicio, del crecimiento espiritual, no es un camino hacia el amor. Es un camino de descubrir que el amor era el suelo bajo tus pies todo el tiempo, el aire que respirabas, la luz con la que veías.

No conozco todas las respuestas. He compartido lo que puedo ver desde donde estoy parado, pero el misterio se extiende mucho más allá de mi visión. Hay profundidades que no he sondeado, alturas que no he alcanzado. Y así debe ser. Un misterio que pudiera explicarse completamente dejaría de ser misterioso. Se convertiría en solo otra pieza de información, otro concepto a archivar. El misterio viviente permanece vivo precisamente porque excede todos nuestros intentos de capturarlo.

Así que te dejo no con conclusiones sino con aperturas. No con un mapa completo en cada detalle sino con una invitación a explorar un territorio que ningún mapa puede representar completamente. No con la satisfacción de haberlo descifrado todo sino con la paz de saber que descifrarlo nunca fue el punto.

El punto es amar. Dejarte ser amado. Reconocer el amor donde sea que aparezca, en cualquier disfraz. Convertirte, más y más, en un vaso transparente a través del cual el amor pueda fluir hacia un mundo que lo necesita desesperadamente.

Eres capaz de esto. No porque seas especial o avanzado o hayas dominado las enseñanzas. Simplemente porque estás hecho de amor, creado por amor, destinado a regresar al amor. La capacidad está incorporada en tu mismo ser. No puede perderse, solo olvidarse. Y cada momento ofrece la oportunidad de recordar de nuevo.

El círculo se cierra donde comenzó. El Infinito que soñó la creación es el mismo Infinito que lee estas palabras a través de tus ojos ahora mismo. El amor que puso las estrellas en movimiento es el mismo amor que se agita en tu corazón cuando te extiendes hacia otro en servicio. Solo hay un amor, usando innumerables rostros, jugando innumerables roles, olvidándose y recordándose a sí mismo en una danza interminable de separación y reunión.

Tú eres ese amor. Siempre has sido ese amor. Y cuando la última palabra de este libro se desvanezca y regreses a tu vida diaria—al trabajo que te llama, a las personas que te necesitan, a los desafíos que te moldean—llevas ese amor contigo. No como algo que adquiriste de estas páginas, sino como algo que reconociste. Algo que recordaste. Algo que fue tuyo desde siempre.

Ve en paz. Sirve con alegría. Sana como has sido sanado. Ama como eres amado.

El misterio continúa. Y tú eres el misterio, conociéndose a sí mismo, un momento precioso a la vez.